

Para escuchar el audio  
pulsa aquí

## HIDALGO Y LA INFANTA MARIANA VICTORIA DE BORBÓN Y FARNESIO

Hidalgo: (Se oyen clarines de caza) ¡Vamoooooooooooo! Ya salen los perros disparados, los primeros, histéricos, como el que huye de un fuego. ¡A por el ciervo! Aquí el trofeo es un venado, un gamo, un ciervo, un corzo...

Yo estoy de paseo solo, porque esta mañana Monsieur le duc de Bartabas no quería montar. Así que vengo al bosque a ver si encuentro alguna trufa o frambuesas salvajes.

De repente, un aroma de colonia Nenuco llega hasta mí desde la copa de una encina. Miro y me encuentro con dos grandes ojos negros que me miran y se van. Veo cómo una sombra salta de rama en rama hasta que se pone detrás de mí.

Te advierto que no me gustan las sorpresas, le digo. Ni los ruidos raros ni las sombras ni los chasquidos de ramas.

“Hola (tímidamente). ¿Llevas algo de comer? Hace dos días que solo como bellotas”.

Hidalgo: Su voz era tan fina como el agua de un riachuelo. ¿Cómo que bellotas? Baja y te doy un bocadillo. Y me cuentas de qué va todo esto.

De un salto de rana, la niña, porque se trataba de una niña, se plantó sobre mi silla y abrió una de las alforjas.

Hidalgo: Oye, primero se pide permiso.

Ella bajó de mi grupa de otro salto. La miré y mi enfado se disipó en el momento. Era una dulce criatura, de grandes ojos negros, piel nacarada y dientes chiquitos como un ratoncillo. Por el vestido de seda y tul deduje que era una niña de la corte, a pesar de que iba descalza y con los pies sucios de barro. Me asusté un poco.

Pero, alteza, le dije. ¿Qué hacéis vos tan sola por estos parajes?

“Si me das algo de comer te lo digo”, me espetó resuelta.

De la alforja sacó un bocadillo de queso payoyo y se sentó sobre una roca a contarme su historia.

“Mi madre, la reina Isabel...”<sup>20</sup>, empezó. ¡Espera, espera!, la paré yo. ¿Cómo que tu madre la reina Isabel? La reina se llama María Teresa<sup>21</sup>. “No, mi mamá es la reina de España”, corrigió. ¿De España? ¿Vos sois infanta de España? “Claro, la infanta Mariana Victoria de Borbón y Farnesio”<sup>22</sup>, añadió con la boca llena.

Ayayayayayayayayayayyyyyy. ¿Pero qué hacéis fuera de palacio? ¿Dos días, decís? Ayayayayayayayayayayyyyyyy. Si me ven con vos me hacen picadillo, pensarán que os he traído yo hasta aquí, ayayayayayyy.

---

**20** Isabel de Farnesio, mujer de Felipe V. Puso mucho empeño en que sus seis hijos estuvieran bien colocados en los tronos más importantes de Europa.

**21** María Teresa es la reina de Francia, hija de Felipe IV de España e Isabel de Borbón. Está casada con Luis XIV, el rey Sol.

**22** La infanta Mariana Victoria de Borbón y Farnesio es hermana mayor de Carlos III de España, hija de Felipe V (primer Borbón de España) e Isabel de Farnesio. En realidad, nunca coincidió con el rey Sol porque ella nació bastante después de que él muriera. La infanta fue prometida al futuro Luis XV, bisnieto del rey Sol, que entonces, cuando ella fue a la corte francesa con cuatro años, tenía once. [https://es.wikipedia.org/wiki/Mariana\\_Victoria\\_de\\_Borb%C3%B3n](https://es.wikipedia.org/wiki/Mariana_Victoria_de_Borb%C3%B3n)

“No, tú no me has traído, me explicaba. Yo vine en calesa. Con madame Fouguet, mi institutriz de francés. Madame Fouguet siempre dice ohlala, c'est pas vrai. Mi mamá me manda con ella a la corte de Francia para que me eduquen en francés y así pueda casarme con el delfín Luis”.

Baldomero: Pero, ¿cómo se va a casar una niña con un pescao?

Noble: Delfín es el heredero de la corona en Francia.

FII: Estos Borghbones son tan guidículos... póg díos, una niña de cuatgo años...

“Pero a mí no me gusta hablar francés. Además, no quiero casarme. Quiero ir a América en un barco y comprarme un mono”, protestó.

Ayayayayayyyy, pero eso no puede ser. Os estará buscando el país entero... Hay que volver, hay que volver. Os tengo que llevar conmigo a palacio de vuelta. No puede ser, no puede ser. Pensad en vuestra madre, vuestro padre, vuestros hermanos... “Pero si vuelvo se van a enfadar mucho conmigo por escaparme. Mi madre es capaz de encerrarme en mi cuarto por lo menos un mes sin jugar. Se enfada mucho si desobedecemos...”, alegó.

Voy a pensar qué podemos hacer, le dije, y me quedé en silencio un buen rato pensando. Tanto que se quedó dormida. Entonces la acomodé en mi montura, la tapé bien con la manta y emprendí el camino de vuelta. Nos encontramos ante una rocalla por donde caía el agua. Seguí el camino y, de repente, el trazado se dividía en dos. Tomé la senda de la derecha, después de nuevo el camino se dividía en dos. Esta vez tomé la senda de la izquierda, pero nos topamos con un seto sin salida. Desanduve lo andado y giré de nuevo a la izquierda. Ahí estaba de nuevo la rocalla. Era un laberinto. “¿Dónde estamos?”, preguntó al despertar.

Le dije que estábamos en un laberinto y que había decidido llevarla a palacio porque los acuerdos entre estados hay que cumplirlos porque si no, íbamos a tener problemas muy gordos. Yo el primero. Y una vez allí, en la corte francesa, intentaría convencer al rey de que la mandara de vuelta a casa, que era muy pequeña para estar separada de su cuarto y sus juguetes, especialmente, de su caballito de cartón. “Leí en un libro que Teseo<sup>23</sup> salió del laberinto colocando un hilo al principio para no volver a pasar por el mismo sitio”, comentó con toda naturalidad. ¿Pero sabes leer?, le pregunté. ¡Qué prodigio de niña!

Así hicimos. Colocamos un hilo del forro de su vestido bajo una roca y dejamos que se fuera deshaciendo a medida que avanzábamos. Así conseguimos salir del laberinto. Seguimos caminando y esta vez nos encontramos con un foso. Al otro lado se erguía un palacio de cuento, con sus torres acabadas en punta, sus tejados de pizarra y sus hileras de ventanas interminables. Avanzamos hasta ponernos frente al portalón de entrada. La infanta se acercó a un pedestal cercano y leyó: “¿Quién será la que pasa entre mis ojos si soy un puente y no la cojo?”

Baldomero: Una aguja, ¿no? Como tiene ojo...

Noble: Pero si dice que es el puente...

Baldomero: Ah, ¿y el puente tiene ojos? ¡Qué bestia!

“Por los ojos del puente solo puede pasar el agua”, comentó la infanta. En ese momento, lo que parecía una puerta resultó ser el puente levadizo que, con un gran estruendo, cayó sobre la orilla del foso. Lo cruzamos y nos metimos en palacio. En el patio de armas había cuatro puertas, cada una con un letrero en grandes letras doradas: Rey, Reina, Guardia de Corps, Cocina. Miré los pies descalzos, el vestido roto y el pelo enmarañado de la infanta y le dije que lo mejor sería empezar por la cocina. Ahí preguntamos cómo se encuentran el rey y la reina,

<sup>23</sup> Personaje de la mitología griega. Rey de Atenas. Su gran proeza fue liberar a Creta del Minotauro con la ayuda de Ariadna <https://es.wikipedia.org/wiki/Teseo>

a ver de qué humor se han levantado y esas cosas. Y vemos las posibilidades de que nos reciban, le dije. Al entrar en la cocina el estruendo era ensordecedor. Una docena de personas corría de un lado a otro llevando y trayendo cosas. Unos llevaban perdices, otros leña para encender el fuego, otros cebollas y patatas para pelar... Otro se paseaba con un cuchillo enorme en la mano, que preferí no saber quién era... ¡Oigan!, ¡oigan!, grité. ¡Buscamos al chef! Nadie nos hacía caso. Todos estaban absortos en sus tareas. Hasta que apareció un sirviente bajo y redondo como un tonel de vino y todos se colocaron en fila para saludarlo. Los chicos se quitaron el gorro mientras él pasaba revista. Al llegar a nuestra altura, nos miró de arriba abajo y dijo “No queremos mendigos en palacio. ¿Quién os ha dejado entrar?” “Oiga, yo no soy ninguna mendiga. Soy la infanta Mariana Victoria de España”, respondió ella muy resuelta. “Y yo el Papa de Roma”, contestó el chef. “¡Echadlos!”, añadió dirigiéndose a los chavales que debían desplumar las perdices. “Si nos echa, perdería la oportunidad de conocer un nuevo ingrediente, procedente de la lejana América, jamás visto en estas tierras, más caro que el oro y los rubíes o las esmeraldas”, le retó la niña.

Baldomero: ¡El tomate, claro! Si de algo sé yo...

El chef se dio la vuelta y la miró curioso. “Ah, sí, qué interesante. A ver, ¿de qué se trata?” “Ah no, no lo vamos a sacar aquí, delante de todos. Es un ingrediente secreto”. Yo la miré y ella sacó un paquete con una masa oscura y me guiñó un ojo. Convencimos al chef y nos dejó un rincón de la cocina para llevar a cabo la receta secreta. Le presentamos el plato, lo probó y no paró de dar vueltas sobre sí mismo con la cucharilla entre los dedos índice y pulgar. “Oh la la oh la la. Mais qu’est-ce que c’est que ça???” Oh la la oh la la” repetía. “C’est magnifique!”.

Acababa de probar el chocolate por primera vez. “Ahora mismo se lo presento a su majestad”, dijo tomando una taza de humeante chocolate.

Hidalgo: Pero nosotros lo acompañamos. “Está bien”, respondió a regañadientes.

“Vatel<sup>24</sup>, no sé cómo lo haces, pero cada día me sorprendes con algo nuevo”. “Te voy a nombrar caballero de la legión de honor. Eres de lo más interesante de palacio, no como esta pandilla de lechuguinos, zurumbáticos, raspamonedas y trapisondistas”, dijo el rey con desprecio, dirigiendo la puñeta de su mano derecha hacia el grupo de nobles de la corte, aquellos condes, vizcondes, marqueses y madames royales que se reunían en el comedor de palacio para observar el espectáculo del rey almorzando.

“¡jijijijiji”, soltó una risita la infanta. “Un paso adelante quien se haya reído”, ordenó el rey. La infanta se adelantó y, tomando el vestido por los laterales, dobló una rodilla, bajando la cabeza mientras saludaba: Mariana Victoria de Borbón y Farnesio, infanta de España. “Ohhhhh”, exclamó el público y empezaron a murmurar. “¡Mi niña!”, exclamó la reina, y fue corriendo a abrazarla. “¡Silencio, estafermos!”, ordenó el rey. “Que hable la niña”. La infanta se acomoda bien en el regazo de la reina y aclara: “Majestad serenísima. Mi madre se ha empeñado en que venga a esta corte para aprender ballet, minué, macramé, canapé, bouquet y cuisine a la remanguillé”. “O sea, a hacer el paripé”, sonrió el rey. “Sí, majestad, el típico cliché”, respondió la infanta. “Pero es que yo no quiero llevar corsé, ni comer suflé ni estar metida en esta melé”.

Noble: ¡Touché!

Baldomero: la niña, ¡¡hay que vé!!

“Como soy un sol, te voy a dejar marchar”<sup>25</sup>, dijo el rey. El público se puso a

<sup>24</sup> rançois Vatel fue un cocinero de origen suizo que trabajó en el palacio de Chantilly, donde se dice que inventó la famosa crema. [https://es.wikipedia.org/wiki/Fran%C3%A7ois\\_Vatel](https://es.wikipedia.org/wiki/Fran%C3%A7ois_Vatel).

<sup>25</sup> Luis XIV fue apodado el rey Sol, pues su poder era inconmensurable como el del astro rey. Ya hemos dicho que murió unos 50 años antes de que naciera Mariana Victoria pero es el rey más famoso de Francia (sobre todo por su carácter excéntrico).

aplaudir y a dar vivas. “¡Silencio, lechuguinos pisaverdes!” “Solo quiero dos cosas: una, tu peso en chocolate y otra, que no nos devuelvan a mi sobrina que mandamos a España para casarse con el príncipe don Luis<sup>26</sup>”. La niña entonces saltó a su cuello y le dio un dulce beso en la mejilla. El público entonces enloquecido aplaudió a rabiar soltando vivas sin parar. El rey sonrió con todos los dientes que le quedaban. La reina fue muy amable. La llevó ella misma a la cama. Le hizo bonitos vestidos de seda y raso bordados en plata y le regaló una medalla con la flor de lis para que no se olvidara nunca de ella. A mí me dio una de las mejores plazas de las caballerizas reales de palacio, donde me acosté sobre un mullido lecho de paja y pude cenar por fin heno fresco y avena tostada.

En la corte española, el regreso de la infanta fue tomado como una ofensa, una afrenta y una desgracia. Pero yo la defendí ante los reyes. Majestades, les dije. He oído en Francia que el pueblo llano prepara una revolución y que están dispuestos a pasar a los reyes por la guillotina, que es un invento nuevo. Si no me hubiera llevado a la infanta, no hubiera podido advertiros. Fue una situación afortunada. La reina miró a su hija con preocupación, pero al momento sonrió y dijo “Menos mal que nos queda Portugal”.

Infante: Así fue cómo mi tía Mariana se convirtió en reina de Portugal... Poco después mi padre, su hermano Carlos, fue rey de España. Y a mí me nombró Hermano Mayor de la Real Maestranza de Caballería de Ronda. Y dio permiso a los nobles para construir una plaza de toros en piedra.

Amazona: ah, por eso el escudo que hay en la plaza es el de Carlos III.

---

**26** Está hablando de Luisa Isabel de Orleans, esposa del rey Luis I de España. Esta princesa francesa presentaba diversos trastornos de personalidad y su indumentaria y comportamiento eran estafalarios y fuera de todo protocolo.